La Comédiathèque

Resaca

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Resaca

Jean-Pierre Martinez

Tomás y Lisa han invitado a tomar algo a David y Emma, una pareja que conocieron en un restaurante. Después de unas cuantas copas, aquella noche parecieron congeniar. Pero ahora, ya sobrios, descubren que tienen muy poco en común. La velada promete hacerse interminable. A menos que...

Personajes:
Tomás
Lisa
David
Emma

© La Comédiathèque

Una pareja de aspecto algo desaliñado espera en el pequeño salón de un piso bastante sombrío. Un sofá mugriento y una mesa baja cubierta de platos sucios.

Tomás – No vienen.

Lisa parece escuchar algo.

Lisa – Nunca me había fijado en que se oye el metro desde aquí. ¿Tú lo habías notado?

Tomás – ¡Te digo que no vienen!

Lisa – Igual antes hacía menos ruido... Cuando los trenes eran más nuevos...

Tomás – Por lo menos les diste bien nuestra dirección, ¿no?

Lisa – O igual oigo mejor con los años... Cuando normalmente pasa lo contrario.

Tomás (más alto) – ¿Les diste la dirección?

Lisa – ¡No hace falta que grites, que no estoy sorda!

Tomás – El metro...

Lisa – Sí, les apunté la dirección. En el mantel...

Tomás – ¿En el mantel?

Lisa – ¡En un trozo de mantel de papel! Que nosotros también vamos justos de dinero. ¿O te crees que podemos permitirnos restaurantes con manteles de tela?

Tomás – Igual perdieron la dirección. Se dejaron el papel en un bolsillo y lo metieron en la lavadora. Pasa mucho.

Lisa – ¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Desde cuándo pones tú una lavadora?

Tomás – Un trozo de mantel de papel se pierde en cualquier sitio.

Lisa vuelve a prestar atención al ruido.

Lisa – Otro metro... A lo mejor vienen en ese.

Tomás – Tendríamos que hacernos tarjetas de visita.

Lisa – ¿Tarjetas de visita?

Tomás – Por casi nada, ahora puedes encargar cien tarjetas por internet.

Lisa – ¿Y qué coño hacemos con cien tarjetas de visita?

Tomás – Mejor que un trozo de mantel de papel, desde luego.

Lisa – ¿Y a quién le darías esas cien tarjetas?

Tomás – Pues a la gente que conocemos...

Lisa – ¿A la gente que conocemos? ¡Si no conocemos a nadie!

Tomás – Pues a esos dos los conocimos, ¿no?

Lisa – Al ritmo que conocemos gente, con una tarjeta cada diez años vamos sobrados.

Tomás – Ya, pero no te las venden de una en una. Hay que pedir por lo menos cien.

Lisa – En fin, tú lo has dicho: no van a venir.

Tomás – Si les hubiéramos dado una tarjeta en vez de aquel papel lleno de grasa, a lo mejor venían.

Lisa – ¿Por una tarjeta de visita? ¿Solo por eso iban a venir?

Tomás – ¡Porque el maldito papel no habría pasado por la lavadora! Una tarjeta es de cartón, se pierde menos, y aunque la metas en la máquina igual todavía se puede leer.

Lisa – Muy bien. Encargamos tarjetas impermeables, que se puedan lavar a máquina. A ver si las encuentras por internet.

Tomás – Que no vienen, de todas formas.

Lisa – ¡Si solo son las nueve!

Tomás – Quedamos a las ocho y media.

Lisa – Dijo «entre las ocho y media y las nueve». Me acuerdo porque tú le preguntaste: «¿A las ocho y media o a las nueve?».

Tomás – ¿Y qué contestó?

Lisa – Creo que pensó que estabas de broma.

Tomás – En cualquier caso, ya son las nueve. Hemos rebasado el límite superior del horario y no están aquí.

Lisa – «¿El límite superior del horario?»... Menos mal que no los invitaste a cenar.

Tomás – ¡Ah! ¿Ahora resulta que fui yo quien los invitó?

Lisa – ¿No los invitaste tú?

Tomás – Dije que estaría bien quedar una noche a tomar algo. ¡No dije qué noche! Fuiste tú quien puso la fecha.

Lisa – ¿O sea que no querías que vinieran?

Tomás – Sí, pero...

Lisa – Si invitas a alguien, hay que poner fecha. Si no, quedamos como unos idiotas.

Tomás – Lo dije por educación.

Lisa – ¿Por educación? Tomi, me estás preocupando. ¿Seguro que estás bien?

Tomás – Nos echamos unas risas en el restaurante... No pensé que fueran a venir de verdad.

Lisa – Pues mejor, porque no han venido. Y, entre nosotros, esos no son gente de la nuestra. No sé por qué los invitaste.

Tomás – ¿Ah, no? ¿Y cuál es nuestro tipo de gente?

Lisa – De los que no necesitan tarjetas, porque no tienen nada que poner. ¿Tú qué pondrías en la tuya?

Tomás – Podrían haber llamado para decir que no venían. Eso se hace, ¿no? O igual perdieron también el número. Les diste el teléfono, ¿verdad?

Lisa – Sí, Tomás, lo puse en el mismo trozo de mantel. El que han lavado con la ropa sucia, ¿te acuerdas?

Suena el timbre de la puerta.

Lisa – Igual se les estropeó la lavadora.

Tomás se queda inmóvil.

Tomás – Mierda. Ya están aquí.

Lisa – Es el riesgo de invitar a alguien. Si no quieres que venga, no lo invites.

Tomás – ¡Pues ve a abrir! Igual se han equivocado de piso.

Lisa le lanza una mirada furiosa y va a abrir.

Lisa – ¡Hola, David!

David (desde fuera) – ¡Buenas noches, Lisa! ¡Parece que os sorprende vernos!

Emma (desde fuera) – ¿No habíamos quedado el jueves sobre las nueve?

Lisa (desde fuera) – Sí, entre las ocho y media y las nueve. Pero son las nueve y dos y Tomás ya pensaba que no veníais.

David (desde fuera) – ¡Ja, ja! ¡Muy bueno!

Lisa (desde fuera) – ¡Pasad! ¡Tomás, no es un error! ¡Es David, con su mujer!

Entran David y Emma, visiblemente mejor vestidos que sus anfitriones. Se estrechan las manos.

Tomás – ¡Hola, hola! Hola, Emma. Eres Emma, ¿no?

David – Sí, claro. Habrá cambiado un poco desde la semana pasada, pero te aseguro que sigue siendo Emma, mi mujer.

Tomás – No, quería decir... Que te llamas Emma, ¿verdad?

Emma – Sí, me llamo Emma. Mi marido te está tomando el pelo.

David (dándole unas palmaditas en el hombro) – Muy bien, Emma.

Emma – Solo he ido a la peluquería.

Lisa – ¡Ah, ya se nota! Mucho mejor. ¿A que sí, Tomás?

Tomás – ¿Qué?

Lisa prefiere continuar hablando.

Lisa – No esperéis nada del otro mundo. No hemos preparado nada especial.

Emma – Pero si solo quedamos para tomar algo. Con una copa nos basta.

David – Y os hemos traído una botella de vino espumoso.

Tomás – ¡De puta madre! Tenemos cerveza. ¡Podemos hacer una Cerveza Royal!

Lisa – «Cerveza Royale», Tomás. Si quieres hacerte el fino, dilo bien.

Tomás – Pues cerveza con champán, lo digas en el orden que lo digas.

Emma – Mi marido está siendo modesto. No es un simple espumoso, es champán.

David – Se lo compramos a un pequeño productor.

Emma – Si os gusta, os daremos la dirección.

Lisa – ¡Champán! Tomás, no vas a mezclar tu cerveza barata con un champán de añada.

Tomás – ¡Que no es barata! ¡Estaba de oferta!

Lisa – Os invitamos a tomar algo y encima traéis vosotros la bebida. Sentaos, por favor. Tomás, ve a buscar las galletas saladas y los cacahuetes.

Tomás – ¿Tenemos galletas y cacahuetes?

Lisa – ¡Claro que sí! Tengo que esconderlos, porque este se los zampa viendo el fútbol y cuando vienen visitas no queda nada. ¡Venga, Tomi, muévete!

Tomás – ¿Y cómo voy a saber dónde están, si los has escondido tú?

Lisa – ¡Hombres! No se les puede pedir nada. Voy yo. Disculpadme. Poneos cómodos, estáis en vuestra casa.

Lisa sale.

Tomás – Espero que no lleven mucho tiempo caducados... Nunca viene nadie.

David – ¡Ja, ja! ¡Qué personaje eres, Tomás! ¡Contigo es imposible aburrirse! ¿Verdad, Emma?

Tomás, que no estaba bromeando, se queda sorprendido. Silencio incómodo. Los invitados miran de reojo el salón descuidado.

Emma – Veo que estáis bien instalados.

Tomás – No está mal. Es pequeño, pero por lo menos... no nos sobra espacio a los dos.

Emma – Exactamente...

David – ¿Tenéis hijos, Tomás?

Tomás – Podríamos haberlos tenido, pero... no pudo ser.

Emma – Quizá todavía estéis a tiempo.

Tomás – ¡Qué va! Y además no tenemos sitio. ¿Dónde los metemos?

David – Ya veo...

Lisa vuelve con una bandeja de galletas saladas y cacahuetes.

Lisa – Aquí tenéis algo para picar. ¿Pero todavía no habéis abierto el champán?

Tomás – ¿Y la cerveza?

Lisa – ¡Tomás! ¡No la mezcles con champán de verdad!

Emma – Pero si a él le apetece... Yo también probaré un poco, para hacerle compañía.

Tomás – ¿Ves? Emma también quiere. Voy a buscarla.

Tomás se levanta y sale.

David – Tampoco es un champán extraordinario, después de todo.

Lisa – Hoy en día se encuentra champán en el supermercado por lo que cuesta una caja de cerveza. ¡Quién lo iba a decir!

David – Esperemos que este no sepa a cerveza.

Lisa – No lo digo por el vuestro, claro. El vuestro viene de ese productor.

David – ¿Y de dónde crees que viene el del supermercado? Supongo que de un productor bastante más grande. Es broma, por supuesto.

Tomás (desde fuera) – ¡Lisa! ¿Dónde está la cerveza?

Lisa (suspirando) – Ay, este hombre... Disculpadme. Ahora vuelvo.

Lisa sale. La sonrisa cortés de Emma desaparece de inmediato.

Emma – David, por el amor de Dios, ¿qué hacemos aquí?

David – No exageres. Son un poco... poco convencionales, quizás, pero parecen buena gente.

Emma – ¿Poco convencionales? ¡Son un desastre social con patas!

David – Cariño, tampoco podemos relacionarnos solo con personas de nuestro entorno. Nuestros compañeros de trabajo, por ejemplo... o tu madre.

Emma – ¿Qué quieres decir con lo de mi madre?

David – Nada. Hay que tener amplitud de miras. Tú siempre dices a los niños que deben respetar a quienes son diferentes.

Emma – David, ¡yo hablo de personas con discapacidad!

David – Bueno, con la gente de clase trabajadora por lo menos podemos reírnos un poco a su costa. Relájate. Mañana solo recordaremos el lado divertido de esta velada inolvidable.

Emma – ¿Mañana? Si antes no contraemos alguna enfermedad mortal. ¡Mira este sitio! Me daba miedo quedarme pegada a ese sofá grasiento. Y toda esa vajilla sucia... ¡En ese plato está creciendo algo!

David – Vaya. Pues es verdad.

Emma – ¿Te imaginas que nos obligan a quedarnos a cenar?

David – Sería una situación bastante incómoda.

Emma – ¿Incómoda? ¡Sería una puta pesadilla!

David – ¡Emma! ¿Qué te pasa? Tú nunca hablas así.

Emma – No lo sé. A lo mejor ya me he contagiado.

David – Tendríamos que haber comprobado si llevábamos las vacunas al día.

Emma – ¡Te dije que aceptar esta invitación era una pésima idea!

David – Ahora es un poco tarde para lamentarlo.

Emma – Escúchame, David. Te hablo como psicóloga. Ese hombre tiene algo raro.

David – ¿En qué te basas?

Emma – Me dio un apretón de manos flojo.

David – ¿Flojo? ¿No querrás decir sudoroso?

Emma – Flojo. Lo noté cuando nos saludamos.

David – Ah. Menos mal que estudiaste Psicología. Yo no habría reparado en ese detalle.

Emma – Y ahórrame el discurso sobre tu tolerancia hacia la clase trabajadora. Sé por qué has venido. Quieres pedirle prestada la sierra de calar.

David – ¿Su sierra de calar?

Emma – ¡Para terminar las estanterías del baño! Lo dijiste al salir del restaurante: «Ese hombre tiene toda la pinta de tener una sierra de calar». Tus palabras exactas.

David – Tranquilicémonos. Nos quedamos un poco más, por cortesía, y nos vamos.

Emma – O aprovechamos que están en la cocina y nos escabullimos.

David – Emma, no podemos marcharnos así, sin más. Sería muy descortés.

Emma – Ellos no tienen nuestra dirección.

David – Tienes razón. Vámonos.

Se levantan para marcharse, pero Tomás regresa con unas latas de cerveza, seguido de Lisa.

Tomás – ¡Encontré la cerveza!

Lisa le entrega a David la botella de champán.

Lisa – Venga, haz los honores.

David coge la botella.

Lisa – ¡Tomás, ve a buscar las copas de champán!

Tomás – ¿Las copas? ¡No sé dónde están! Ni siquiera sabía que teníamos copas de champán. ¡No sé ni cómo son!

Lisa suspira y sale. David se dispone a descorchar la botella, pero se detiene.

David – Esperaré un momento. No quisiera derramar este preciado néctar sobre la alfombra.

Emma – Puede que la botella se haya agitado un poco en el metro.

Tomás – Yo me ocupo de la cerveza.

Lisa vuelve con cuatro copas de champán y las deja sobre la mesa baja.

Lisa – Aquí están las copas...

Tomás – ¿Quién quiere una Cerveza Royale?

Emma – Yo te acompaño.

Tomás echa un poco de cerveza en dos copas. David descorcha la botella.

David – ¡Ahí va!

David termina de llenar las copas con champán.

Lisa – ¡Fijaos cuántas burbujas!

David – En efecto.

Tomás – Así se sabe que es champán del bueno.

Lisa – Tomad unas galletas.

Se sirven.

Emma – Gracias.

David – Bueno, pues brindemos por vosotros.

Tomás – ¡Salud!

Chocan las copas y beben.

Emma – Quizá habría estado mejor un poco más frío, ¿no os parece?

Lisa – Pues a mí me sabe estupendamente.

Tomás – Probadlo con un chorrito de cerveza.

Vuelven a beber para disimular el silencio.

Emma – Es curioso encontrarnos aquí, de esta manera...

David – Ha sido muy amable por vuestra parte invitarnos.

Emma – Apenas nos conocemos, en realidad.

David – Es cierto que nos reímos mucho aquella noche en el restaurante.

Lisa – ¡Y tanto! Aunque ya ni me acuerdo de qué.

Emma – Yo tampoco, si os soy sincera.

David – La verdad es que bebimos bastante aquella noche, ¿no?

Lisa – ¿Ah, sí?

Emma – Yo estaba bastante achispada, desde luego.

Lisa – ¿Os pongo otra?

Emma – Sí, gracias.

Lisa vuelve a llenar las copas.

Lisa (a David) – ¿Sigues sin querer cerveza en el champán?

David – No, gracias. Prefiero tomarlo así.

Emma – Qué tiempo tan extraño estamos teniendo, ¿verdad?

Lisa – Sí, supongo.

Emma – Parece que estamos cambiando de estación.

David – Estamos cambiando de estación, cariño.

Emma – ¡Ah, claro! Parece que fue ayer cuando empezó el año.

David – Y antes de que nos demos cuenta habrá terminado.

Emma – Es increíble lo deprisa que pasa el tiempo.

Lisa – Sí... (Silencio) ¿Qué pasa, Tomi? ¿Te has dormido?

Tomás – No, ¿por qué?

Lisa – No dices ni mu.

Tomás – ¿Y qué quieres que diga?

Lisa – Cuando tienes invitados, hay que darles conversación.

David – Tal vez Tomás esté esperando a tener algo interesante que decir.

Lisa – Pues podéis esperar sentados.

Tomás – ¿Y eso qué quiere decir? ¿Te crees que lo que llevas contando es interesantísimo? (A los invitados.) ¿A vosotros os interesa lo que dice?

Emma – Bueno, yo...

Tomás – ¡Cerveza Royal, Cerveza Royale! ¿Te crees que nuestros invitados han venido para recibir una lección de palabras finas? (A los invitados.) ¿Habéis venido para eso?

David – No, naturalmente...

Tomás – ¿Ves? ¡Han venido a tomar algo, no a que les den clases!

Lisa – ¡Pues venga! A ver si tienes algo interesante que contarles.

Tomás – ¡Claro! ¿Por qué no? (Pausa.) Ahora mismo no se me ocurre nada, pero tenemos tiempo, ¿no? ¿Tenéis prisa?

David – No, ninguna en particular.

Tomás – ¿Ves? No tienen prisa. ¡Estamos tomando algo! La que nos pone nerviosos eres tú.

David y Emma intercambian una mirada de perplejidad.

Emma – Y vosotros... ¿a qué os dedicáis? En el restaurante casi no tuvimos ocasión de hablar en serio.

Tomás y Lisa callan. Se lanzan miradas de mal humor mientras sorben el champán, como si se hubieran olvidado de sus invitados. Tomás busca algo que decir.

Tomás – ¿Había mucho tráfico?

Lisa pone los ojos en blanco ante la banalidad de la pregunta. Tomás le lanza una mirada furibunda.

Emma – Hemos venido en metro.

David – Vivimos a solo tres paradas de aquí.

Emma – Por cierto, los trenes se oyen bastante desde vuestra casa.

Lisa – ¿Lo ves?

David – ¿De verdad? Pues yo no oigo nada.

Tomás – Mi mujer oye voces como una profetisa. Solo que las suyas anuncian trenes.

David – Por lo visto, la mía también.

Emma – ¡David!

David – Era una broma. Quizá sean acúfenos.

Emma – ¿Acúfenos? ¿Por qué íbamos Lisa y yo a oír el mismo tren al mismo tiempo si fueran acúfenos?

Tomás – ¿Acu... qué?

David – Oír ruidos que en realidad no existen.

Lisa – ¿Que no existen? ¿Nos estás llamando locas? ¡No es culpa nuestra que estéis sordos como tapias! ¿Verdad, Marta?

Emma – Eh... Me llamo Emma.

Tomás – Emma, Marta... ¡Casi lo mismo! Sobre todo si no oyes bien.

Lisa – En fin, que nuestros invitados querían saber a qué te dedicas.

Tomás – ¿De trabajo, quieres decir?

Lisa – ¡Pues sí, de trabajo!

Tomás – Actualmente trabajo en el servicio municipal de recogida de residuos.

David – ¿Recogida de residuos?

Lisa – Es basurero.

Tomás – Supongo que eso ya lo habríais entendido.

Emma – Todo trabajo es digno. ¿Qué haríamos si nadie recogiera nuestra basura?

Lisa – Exactamente. Tu basura la recoge mi marido.

Tomás – No os imagináis lo que tira la gente. Una vez encontramos hasta un bebé.

Emma – ¿Un bebé?

Tomás – ¡Vivo, eh! Era el día de recogida de trastos viejos.

Lisa – Pensamos en quedárnoslo, pero había que rellenar un montón de papeles.

Emma – Supongo que en tiempos de Moisés era más sencillo.

Tomás – ¿Moisés?

Emma – Ya sabéis, aquel bebé que encontraron flotando en un río dentro de una cesta. Lo recogió la hija de un faraón.

Tomás – ¿Y qué?

Emma – Bueno... allí era una cesta y no un contenedor de basura, pero la historia se parece.

Lisa – Nunca había oído hablar de eso. ¿Hace mucho?

David y Emma se miran, preocupados.

David – ¿Y tú, Lisa? ¿Puedo preguntarte a qué te dedicas?

Tomás – ¿Lisa? A nada.

Lisa – Estoy de baja.

Tomás – Desde hace cinco años.

Lisa – ¿Es culpa mía estar deprimida?

Tomás – Tampoco es culpa mía.

Lisa – Eso habría que verlo.

David – ¿A qué te dedicabas antes de ponerte enferma?

Lisa – Trabajaba en prisiones.

Tomás – Era funcionaria de prisiones. Carcelera, para entendernos.

Emma – Ah... Eso debe de ser bastante deprimente.

Lisa – Allí fue donde conocí a Tomás.

David (a Tomás) – ¿Tú también trabajabas en prisiones antes de dedicarte a la recogida de residuos?

Lisa – ¡Qué va! Tomás estaba allí de huésped.

David – ¿De huésped?

Emma – Ya entiendo...

Lisa – Nos conocimos en la cárcel. A cada lado de los barrotes. Luego encontramos algo en común.

Tomás – Todavía estoy cumpliendo condena, pero en casa.

David – Ah, ¿llevas una pulsera electrónica?

Tomás – No, una alianza de oro chapado.

David – Ah, qué ocurrente, Tomás.

Silencio.

Lisa – ¿No vais a preguntarle por qué estuvo en la cárcel?

Emma – Bueno...

David – No quisiéramos ser indiscretos.

Tomás – Un malentendido.

Lisa – Un error judicial terrible.

David – ¿Y lo absolvieron al repetir el juicio?

Lisa – No exactamente. Le redujeron la condena. Parece que el único al que Tomás convenció de su inocencia fue a su abogado.

Tomás – Y era de oficio.

Tomás coge una galleta. Lisa lo mira con desaprobación.

Lisa – Servíos antes de que se acaben. Y vosotros, ¿a qué os dedicáis?

David – Yo... quizá prefieras empezar tú, Emma.

Emma – Trabajo con niños con discapacidad.

Tomás – ¿Niños que no son normal?

Lisa – «Que no son normales», Tomás. No «que no son normal».

Emma – Preferimos decir «niños con discapacidad».

Lisa – Ah, ya. ¿Y qué les pasa? ¿Les falta un brazo o una pierna?

David – Quizá tengan algún tornillo flojo.

Emma le dirige una mirada severa.

Emma – Niños con dificultades del desarrollo. Muchos son autistas.

Tomás se queda perplejo; evidentemente no conoce el término.

Tomás – Ah, sí... Autistas...

Emma – A algunos les cuesta especialmente comunicarse con los demás.

Lisa – Pues deberías ocuparte de Tomás. ¿Y tú, David? ¿También trabajas con idiotas?

David – No, enseño Educación Física en un instituto. Aunque a veces parece que mis alumnos no saben ni moverse.

Emma – David, por favor.

David – A mi mujer no le gustan las bromas sobre estos temas.

Lisa – ¡Profesor de gimnasia! Ya decía yo que se te notan los músculos debajo de esa camiseta tan ajustada.

Tomás – ¡Y luego dicen que el guarro soy yo!

Lisa – Si no podemos tocar, al menos podremos mirar, ¿no?

Los invitados se sienten incómodos.

Emma – Quizá deberíamos marcharnos ya. David, ¿recuerdas que mis padres nos esperan para cenar?

David – ¿Tus padres? Ah... sí, naturalmente.

Lisa – ¿Ya os aburrimos?

Emma – No, en absoluto. Es solo que...

Lisa – ¿Ves, Tomi? Si dieras algo de conversación, a lo mejor tendríamos más amigos. Aunque con tus tarjetas de visita tampoco...

David – ¿Tarjetas de visita?

Tomás – ¿Vosotros tenéis?

David – Sí, sobre todo Emma, por su trabajo.

Lisa – ¿Para dárselas a los chalados con los que se cruza fuera del trabajo?

Tomás – Pues dejadnos una antes de iros.

Lisa – ¿Y tenéis hijos?

Emma – Sí, un niño y una niña. Ahora están con mi madre.

Lisa – Entonces, ¿para qué habéis venido?

David – ¿Perdona?

Emma – Pues porque nos invitasteis.

David – Habíamos quedado para tomar una copa sobre las nueve.

Tomás – Entre las ocho y media y las nueve, para ser exactos.

Emma – En cualquier caso, nos invitasteis, Tomás.

Lisa – Han venido a reírse de ti, Tomi. Por eso han venido.

Emma – ¡Pero qué dices! ¡De ninguna manera!

David – ¿De verdad importa tanto si llegamos a las ocho y media o a las nueve?

Tomás – ¡Pues claro! Quiere decir que estuvisteis todo ese rato pensando si venir o no.

Lisa – Y encima ahora ya os queréis ir. ¡Tiene narices!

Tomás – Pensasteis: «Si vamos a las nueve, será media hora menos que tendremos que aguantarlos». ¿A que sí?

Lisa – ¡Exactamente! ¡No somos lo bastante buenos como para que lleguéis al principio de la hora que dijisteis!

Emma – Pero si llegamos a tiempo. Quedamos entre las ocho y media y las nueve.

Tomás – ¡A las nueve y dos!

David se levanta.

David – Esto ya es demasiado. Venimos a tomar una copa, traemos una botella de champán, nos ofrecéis unas galletas rancias y encima nos gritáis.

Tomás – Así que habéis traído champán, ¿eh? ¿Y por qué habéis traído champán?

David – ¿Por qué?

Tomás – ¡Para hacernos sentir inferiores! ¡Por eso!

Emma – ¿Haceros sentir inferiores?

Lisa – ¡Para humillarnos! «En ese cuchitril no deben de beber champán todos los días. Vamos a llevarles una botella, que cambien un poco de la cerveza barata». ¡Eso pensasteis!

Tomás – ¡Y ni siquiera del caro! Un champán de oferta. Total, no van a notar la diferencia. ¡Como si nunca hubiéramos probado el champán!

Lisa – Pues sí que lo hemos probado. Y del bueno.

Tomás – En la boda de tu hermana, el año pasado, bebimos del caro. ¿No era Don Pingüino?

Lisa – ¡Dom Pérignon, Tomás! Y estaba mejor que esta sidra con burbujas que nos habéis traído.

Emma – Esto empieza a ser ridículo.

David – Supongo que ya habíais empezado a beber antes de que llegáramos.

Lisa – ¿Lo oyes, Tomi? ¡Ahora nos llama alcohólicos! Y tú tan tranquilo.

Tomás – Eso no está bien, David. A los amigos no se les habla así.

Lisa – ¿Y nuestras galletas tampoco están a vuestra altura?

Tomás – ¿Te parecieron rancias?

Lisa – Pues a mí me parecieron unas galletas de lo más normales.

Tomás – Muy normales, Lisa. Pero acuérdate de que el señor es profesor.

Lisa – ¡Profesor! ¡Venga ya! ¡Que da gimnasia! ¿Para eso hace falta una carrera, o basta con ponerse pantalones cortos y sacar pecho?

David – Vámonos, Emma. No tenemos por qué soportar estos insultos.

Lisa – ¡Venga, id a cenar con tu suegra! Por lo menos podríais inventar una excusa mejor.

Tomás – ¡Eso! Nadie tiene tanta prisa por ir a cenar con su suegra.

Lisa – La próxima vez, poneos de acuerdo antes.

Emma – Ya dije que venir aquí no era buena idea.

Se disponen a marcharse.

Tomás – ¿Adónde vais? ¿Ya os largáis? Eso no es de buena educación.

David – Ya te hemos dicho que nos esperan para cenar.

Tomás – Queda champán. No vamos a tirarlo.

Lisa – Y después podéis probar nuestra cerveza. Nos la trae un proveedor de aquí al lado. Bueno, la tienda de la esquina.

Emma – Hemos bebido más que suficiente, gracias. Nos vamos.

Tomás se interpone en su camino.

Tomás – En mi casa decido yo cuándo se va la gente.

David – ¿Piensas retenernos por la fuerza?

Tomás – ¿Y por qué no?

David – Sé razonable, Tomás. No creo que puedas reducirme por la fuerza. Apenas te mantienes en pie.

Tomás – Puede ser. Pero tengo algo más convincente.

Tomás saca un revólver. David y Emma lo miran aterrados.

David – Creo que hemos empezado con mal pie. ¿Por qué no nos tranquilizamos todos y tomamos una última copa antes de despedirnos como amigos?

Tomás – Eso está mejor. No querría que os fuerais con una mala impresión.

Lisa – Ni que se os quitaran las ganas de volver. Seremos humildes, pero sabemos recibir.

Tomás – Y tenemos nuestro orgullo. Lisa, trae la cerveza y unos vasos.

Lisa – No tenemos ninguna fría.

Lisa saca unas latas de cerveza y varios vasos.

Tomás – Da igual. Nunca ha matado a nadie una cerveza caliente.

Lisa – No te importa tomarla templada, ¿verdad, Marta?

Emma – No, en absoluto. Por favor, no os molestéis.

David – Estará perfectamente bien, gracias.

Lisa – Normalmente bebemos directamente de la lata, pero como hay invitados voy a buscar unos posavasos.

Emma – No hace ninguna falta que te molestes.

Lisa sale.

Tomás – Venga, que ahora somos amigos. No hace falta andar con cumplidos, ¿no?

David – Naturalmente. Si es lo que... lo que prefieres.

Tomás sirve la cerveza en los vasos. Lisa regresa con varios posavasos desparejados y los deja en la mesa.

Tomás – ¡Esto sí que es una copa en condiciones!

Chocan los vasos.

Lisa – ¡Salud!

Tomás – ¡Por la amistad, Davi! ¿Te puedo llamar Davi?

David – Por supuesto.

Tomás – Es que David, sin ánimo de ofender...

David – Mis amigos me llaman Davi.

Tomás – ¡Pues mira! ¡Lo he adivinado!

Lisa – Mi marido ha nacido para psicólogo.

Emma – Ya lo veo.

Tomás – A mí me llaman Tomi. ¿Y a ti, guapa? ¿Tienes algún mote cariñoso?

Emma – No, no especialmente.

Lisa – Venga, no seas tímida.

Emma – De pequeña, mis padres me llamaban Emi.

Lisa – ¿Emi? Eso no puede ser un diminutivo de Marta.

Emma – No, es que mi nombre de verdad es...

Lisa – Pues Marta se queda. Y Marta ni siquiera necesita diminutivo. ¡Servíos algo de picar!

Tomás – Canapés, Lisa. Se dice «canapés». (A los invitados.) ¿Qué os parece nuestra cerveza?

David – Sí... es... muy refrescante.

Emma – Tiene, desde luego, un sabor bastante particular.

Lisa – «Un sabor bastante particular»...

Tomás – Que era broma. No hace falta fingir que os gusta.

Lisa – ¡Qué más da a qué sepa!

Tomás – Unas cuantas latas de estas y se te olvidan las penas. Toma otra galleta, Marta.

Emma – Gracias.

Emma se obliga a comer otra galleta.

Tomás – Bueno, ¿y ahora qué? ¿Echamos una partida de póquer?

Lisa – ¿Póquer al desnudo? ¡Tomás, no se propone jugar al póquer al desnudo la primera vez que vienen invitados! ¿No leíste aquel libro de buenos modales?

Tomás – ¡He dicho póquer, no póquer al desnudo! Te estás quedando sorda. ¿O vuelves a oír voces? ¿Tantas ganas tienes de verle el culo a Davi?

Lisa – Es que justo pasaba un metro.

Tomás – Sí, estás recibiendo mensajes del cielo, pero te llegan con el anuncio de la próxima estación. ¿Alguien más ha oído el metro?

Emma – No...

Tomás – ¡El metro lo tienes dando vueltas por la cabeza, Lisa! Y me temo que va a descarrilar.

David – Pues creo que yo sí he oído algo esta vez.

Lisa – ¿Lo ves? ¡No me lo invento!

Tomás – Bueno, olvidemos el póquer. No hay voluntarios.

Tomás vuelve a sacar el revólver.

Tomás – ¿Y la ruleta rusa? Hace siglos que no juego.

David – Personalmente sigo prefiriendo el póquer. ¿Verdad, Emma?

Emma – Una partida de póquer estaría muy bien. No conozco del todo las reglas, pero puedo aprender.

Lisa – Tranquilos, Tomás está bromeando.

Tomás – Todavía no estamos lo bastante borrachos para la ruleta rusa. Quizá más tarde.

Emma – ¿Y si jugáramos al Scrabble?

David le dirige una mirada de inquietud y reproche.

David – No sé si a nuestros anfitriones les apetecería...

Lisa – ¿Scrabble? ¿Es el de formar palabras, no?

Tomás – ¡Vaya coñazo de juego!

David – Mejor olvidamos el Scrabble. Bastante tengo con jugar todos los viernes con mi suegra.

Emma (con frialdad) – No sabía que te resultara tan penoso.

David – Pues ahora ya lo sabes.

Lisa – Venga, no os peleéis. Total, nosotros no tenemos ningún juego.

Tomás – ¿No teníamos un Monopoly?

Lisa – ¿Qué te parece, Marta?

Tomás – A mí me gusta jugar al Monopoly. En la cárcel fabricamos uno con cartón y botones de camisa.

Emma (con una risa nerviosa) – Supongo que caeríais bastante en la casilla «Ve a la cárcel».

Silencio sepulcral. David fulmina a Emma con la mirada. De pronto, Tomás rompe a reír.

Tomás – ¡Ja, ja, ja! ¡Muy bueno, Marta!

Lisa – Mira tú, al final va a resultar que eres graciosa.

Tomás – En nuestra versión del Monopoly quitamos la casilla «Ve a la cárcel» y la cambiamos por «Ve al burdel».

Lisa – Yo fui quien confiscó aquel juego. Por eso todavía lo tenemos.

David – Ya veo...

Tomás – ¿Queréis que os lo enseñe?

David – Sí, por qué no. ¿Verdad, Emma?

Tomás – Mientras tanto, otra cervecita.

Les sirve, apartando el revólver sobre la mesa. Los invitados siguen el arma con la mirada.

Emma – No sé si sería prudente. Además, mi madre nos estará esperando...

David – Si eso es lo único que te preocupa...

Emma lo mira con furia.

David – Ahora que somos amigos, ¿puedo preguntarte algo, Tomás?

Tomás – Claro, ¿para qué están los amigos?

David – ¿Qué fue exactamente lo que te llevó a prisión? Quiero decir... ¿en qué consistió aquel error judicial?

Tomás – ¿Qué error judicial?

Lisa – ¿Cuál de todos? La vida de mi marido ha sido una larga cadena de errores judiciales. A veces pienso que hasta su nacimiento fue un error.

Tomás – En la cárcel me llamaban «El Inocente».

Lisa – Aunque no estoy muy segura de que fuera solo por eso.

Tomás – El destino siempre la ha tomado conmigo.

Lisa – La primera vez que entró fue por atraco a mano armada.

Tomás – Era el banco de debajo de mi casa. El cajero dijo que me reconocía. ¡Pues claro! Me veía pasar todas las mañanas cuando iba al bar de al lado.

David – ¿Y cometiste aquel atraco con este revólver?

Tomás coge el arma.

Tomás – ¿Este? ¡Qué va! Este es de jabón.

Emma – ¿De jabón?

Tomás – El de verdad está en un cajón de la cocina. Buena copia, ¿eh?

David – Sorprendente.

Tomás – Lo hice en la cárcel. Para intentar escaparme.

David – Se ve que eres hábil con las manos.

Lisa – Se lo quité antes de que hiciera alguna tontería. Con las reducciones de condena ya le quedaban pocos años.

Tomás – Los últimos años se hacen eternos. Como en el matrimonio.

Emma – Entonces no es un arma de verdad...

Tomás examina el revólver y vuelve a dejarlo sobre la mesa.

Tomás – Una obra de arte. Me llevó meses. Una pena no haber podido utilizarlo.

David y Emma se quedan mirándolo, sin palabras.

Emma – Bueno... Quizá ya va siendo hora de que nos marchemos.

David – Creo que necesito tomar otra copa antes de irnos.

David, ya bastante achispado, abre otra lata de cerveza y se sirve en el vaso.

Emma – Así que ahora tú también estás bebiendo más cerveza.

Lisa – Queda algo de champán. No podemos desperdiciarlo.

David – Tienes razón, Lisa. Sería una lástima.

David vierte el champán que queda en su vaso de cerveza.

Emma – ¿Otra vez mezclando cerveza y champán?

David – No, querida. Esto es una «Resaca de Champán». Es algo muy distinto.

Tomás – Pues a mí me parece mi Cerveza Royal.

David – Solo cambia el nombre, Tomás. Y acabo de inventarlo. (Prueba un sorbo.) Un sabor un tanto singular, pero no está mal. Mejor que la cerveza sola. ¿Alguien quiere probarlo?

Tomás – No queda champán.

David – ¡Pues brindemos por nosotros!

Se bebe el vaso de un trago.

Emma (intentando tranquilizarlo) – ¿No crees que has bebido ya suficiente?

David – Tranquila. Un pequeño exceso de vez en cuando no hace daño.

Emma – Pero mi madre nos estará esperando...

David – ¡Basta ya! ¡Tu madre no nos espera! ¿Te crees que no se han dado cuenta? Los viernes vamos a casa de tu madre. Y allí no se queda «entre las ocho y media y las nueve», sino a las siete y diez en punto.

Tomás y Lisa intercambian una mirada perpleja.

Lisa – Parece que la cosa se está poniendo interesante.

Emma – Pues yo me voy.

David agarra el revólver y apunta a Emma.

David – ¡Tú no te vas a ninguna parte, Marta!

Emma – ¡David! ¡Si es de jabón!

David – Sí, bueno... Aun así...

Un silencio inquietante.

Lisa – Tomi, ¿estás seguro de que es el falso? Está tan bien hecho que...

Tomás – ¿Tú crees?

Tomás le quita el revólver de la mano temblorosa a David y lo examina.

Tomás – ¡No te fastidia! ¡Está tan bien hecho que me he confundido yo mismo!

Lisa – ¡Porque ese es el de verdad, Tomi! ¡Normal que parezca auténtico!

Tomás – ¡Ah, claro! Tienes razón.

Emma se queda paralizada de miedo.

Emma – Nunca pensé que pudieras apuntarme con una pistola. ¡A mí, tu mujer!

David – Creía que era de jabón.

Lisa – Podrías haberla matado, Davi.

Tomás – Las armas son peligrosas si no estás acostumbrado.

Lisa le quita el revólver a Tomás.

Lisa – Basta un movimiento del dedo y ¡pum! Y más con una antigüedad como esta. ¡Ni seguro tiene!

Lisa vuelve a dejar el revólver encima de la mesa.

Tomás – Venga, sentaos todos, y a tomar otra copa.

Tomás vuelve a llenar los vasos.

Lisa – Creo que ya no quedan galletas.

Tomás – Tanto beber me ha abierto el apetito. ¿A vosotros no?

David – Sí...

Tomás – ¿Por qué no os quedáis a cenar? Ya que resulta que hoy no vais a casa de tu suegra.

Emma también parece bastante borracha.

Emma – Debo de haberme equivocado de día. ¿No es viernes?

David – No quisiéramos abusar de vuestra hospitalidad.

Lisa – De todas formas no hay nada en la nevera. Solo pan duro.

Emma – ¿Tenéis leche y azúcar?

Lisa – Supongo que sí.

Emma – Podría hacer torrijas.

Tomás – ¿Torrijas?

Emma – Las preparábamos de pequeños. Se hacen en cinco minutos y así aprovechamos el pan. (A Lisa.) ¿Me enseñas la cocina?

Lisa sale con Emma.

Tomás – Las mujeres... Por lo menos tendremos cinco minutos de paz.

David – Sí...

Pausa.

Tomás – Pues yo también oigo el metro, ¿sabes?

David – ¿De veras?

Tomás – Solo era por fastidiarla.

David – Ya veo.

Tomás – ¿Sabes cuál es tu problema, Davi?

David – No.

Tomás – Tu suegra.

David – No te falta razón. Lisa tenía razón, Tomás: tienes mucho ojo para la gente.

Tomás – ¿Tomás? ¿No habíamos quedado en que era Tomi? ¿O es que ya no somos amigos?

David – Sí, claro.

Tomás – Si quieres, puedo quitártela de en medio.

David – ¿Cómo dices?

Tomás – ¿No estás harto del Scrabble de todos los viernes?

David – Sí, pero...

Tomás – ¡Vamos, Davi! Un hombre de verdad juega al póquer, no al Scrabble. ¡El Scrabble es para mujeres! Tú eres profesor de gimnasia, ¿o no?

David – Sí, pero...

Tomás – Habría algunos gastos, claro.

David – Estás bromeando, ¿verdad, Tomi?

Tomás coge el revólver.

Tomás – Este no es de jabón. Y cuando lo utilizo, la cosa va en serio.

David – ¿Lo dices en serio?

Tomás – Este viejo trasto ha hecho feliz a mucha gente.

David – ¿Feliz?

Tomás – Lo del banco fue mi primer trabajo. Pero enseguida vi que los atracos no eran lo mío.

David – Entiendo.

Tomás – Demasiado riesgo. Sobre todo a mi edad.

David – Los reflejos ya no son los de antes.

Tomás – ¡Exacto! Y diez años en prisión, con el hígado como lo tengo, podrían convertirse en cadena perpetua.

David – Así que decidiste abandonar el delito.

Tomás – No exactamente. Me busqué algo más tranquilo.

David – Ah. Eso resulta tranquilizador.

Tomás – Me hice autónomo. Con Lisa. Ella también entiende de armas. Nos conocimos en prisión. ¿Te lo he contado?

David – Sí.

Tomás – Lo de recoger basura es una tapadera. Mi verdadero trabajo consiste en ocuparme de los que molestan a mis clientes.

David – ¿Eres guardaespaldas?

Tomás – No exactamente. Lo que se suele decir es «asesino a sueldo».

David – ¿Asesino a sueldo?

Tomás – Yo prefiero «cazarrecompensas». Como los vaqueros de las películas antiguas.

David – Ah... ya.

Tomás – Tenía un póster de uno en mi armario de la cárcel. Llevaba una carabina de cañón recortado sujeta al muslo con una tira de cuero. Como un liguero.

David – ¿Un liguero?

Tomás – Los demás presos se reían. Ellos tenían fotos de mujeres con medias y ligueros. Yo, de un vaquero.

David – Pero, Tomi... un cazarrecompensas y un asesino a sueldo no son exactamente lo mismo, ¿no?

Tomás – Depende de cómo se mire. Yo libro a la sociedad de gente que da problemas. Es una forma de justicia. Justicia privada, eso es todo.

David – Visto así...

Tomás – Bueno, ¿qué me dices, Davi?

David – No sé... ¿Es caro?

Tomás – Precio especial para amigos.

David – Tentador, lo admito, pero...

Emma regresa con una sartén.

Emma – ¡Aquí están las torrijas!

Tomás – Si me encargas a los dos, te hago precio.

Lisa regresa con unos platos.

Lisa – Mira, al final os estáis llevando bien.

Emma – ¿De qué hablabais tan bajito?

Tomás – De cosas de negocios, Marta. No te preocupes.

Emma sirve la comida.

Emma – Hay para todos. Teníais bastante pan duro en la cocina.

Lisa – Creo que estaba allí cuando nos mudamos.

David – Solo un poquito para mí, gracias.

Tomás – El inquilino anterior debía de criar conejos en jaulas.

Lisa – No me extrañaría. Un antiguo compañero de la prisión me dejó este palacio al jubilarse. A lo mejor también le gustaba tener jaulas en casa, pero con presos más tranquilos.

Tomás empieza a comer.

Tomás – ¡Está buenísimo! ¡Eres toda una cocinera! Igual nos quedamos con ella un rato más, ¿eh, Davi?

Todos ríen.

Lisa – Es gracioso, ¿verdad?

David – ¿Qué es lo gracioso, Lisa?

Lisa – Pensaba que no ibais a venir. Y aquí estamos los cuatro, comiendo pan duro después de unas cuantas copas.

Emma – ¿Por qué creías que no vendríamos?

David – Ahora podemos reconocerlo. Dudamos bastante. Tú eras la que no quería venir, Emma. Decías que Tomás y Lisa no eran gente de nuestro estilo.

Tomás – ¡De nuestro estilo! Lo mismito que dijo Lisa de vosotros.

Emma – Solo hablamos un poco en aquel restaurante. No basta para conocer a nadie, y mucho menos para hacerse amigos.

Tomás – Ya se ve que la primera impresión suele ser la buena.

Lisa – ¿Vais mucho a aquella pizzería?

David – Era la primera vez. Un sitio curioso, ¿no os parece?

Emma – A David le recordó a las pizzerías de las películas de gánsteres. Entramos por curiosidad. ¿Vosotros sois habituales?

Tomás – Allí hago mis negocios.

Emma – ¿Negocios? Pensaba que recogías basura.

Tomás – Y lo hago. Me libro de la basura. Solo que he privatizado una parte.

Emma – Qué interesante. Yo estoy pensando en trabajar por mi cuenta, pero todavía no me decido.

Lisa – ¿Con esos chalados que atiendes?

Emma – Como psicóloga, sí. ¿Y tú estás dado de alta como autónomo?

Tomás – Sí, algo así.

Emma – ¿Y Lisa te ayuda?

Lisa – Trabajamos juntos.

David – ¿En serio?

Tomás – Nos turnamos para hacer la limpieza y, cuando hace falta, termino el trabajo con la sierra de calar.

David – ¿Ves? ¡Te dije que este hombre tenía toda la pinta de tener una sierra de calar!

Emma – Trabajar en pareja puede ser ideal, cuando la relación funciona.

Tomás se dispone a encender un cigarrillo.

Lisa – Aquí no, ya lo sabes.

Tomás – ¿Fumas, Davi?

David – No, gracias. En mi trabajo...

Tomás – Pues sal conmigo al balcón. Podemos seguir hablando de negocios.

David – No sé si...

Emma – ¡Ve, hombre, ve!

David – Bueno, está bien.

Salen.

Emma – No deberías seguir con él.

Lisa – ¿Cómo?

Emma – Soy psicóloga, Lisa. Créeme: ese hombre es un psicópata.

Lisa – ¿Quieres decir que es peligroso?

Emma – ¡Ha estado en la cárcel y tiene un revólver!

Lisa – Ah, eso...

Emma – Por lo menos no te maltrata, ¿verdad?

Lisa – Bueno, no ayuda nada en casa. Una vez lo pillé meando en el fregadero con los platos sucios todavía dentro.

Emma – Dios mío. ¿Nunca has pensado en divorciarte?

Lisa – No. Pero pienso mucho en matarlo.

Emma – Bueno... por algo se empieza. Pero ¿qué te ata a un hombre así?

Lisa – La costumbre. Y el miedo a encontrar otro todavía peor.

Emma – ¿Peor? ¿Eso es posible?

Lisa – Trabajé en una cárcel. Claro que es posible. Elegí al mejor de lo peor.

Emma – Es como si yo escogiera marido en un hospital psiquiátrico y me quedara con el menos trastornado.

Lisa – Así es la vida. La mayoría conoce a su pareja en el trabajo. ¿Tú eres feliz con la tuya?

Silencio incómodo.

Emma – ¿Puedo contarte algo en confianza?

Lisa – Claro. Somos amigas, ¿no?

Emma – No sé si será el champán o que me inspiras confianza... Pero todavía no se lo he contado a nadie.

Lisa – ¿El qué, Marta?

Emma – He conocido a alguien.

Lisa – ¿A un hombre?

Emma – Sí.

Lisa – Ah. Ya veo.

Emma – Nunca pensé que pudiera volver a pasarme, pero ha ocurrido.

Lisa – ¿Quién es?

Emma – No lo conoces.

Lisa – Ya me imagino. ¿Qué clase de tío es?

Emma – Un amigo de la infancia, hijo de unos vecinos. Hasta tuvimos un pequeño romance cuando éramos adolescentes. Después pasó mucho tiempo en el hospital. Me lo encontré el mes pasado, cuando fui a visitar a mi madre, y fue como si nunca nos hubiéramos separado.

Lisa – ¿Y qué vas a hacer con Davi?

Emma – No lo sé. Me da mucha vergüenza. Sigo queriendo a David, claro, pero... Moisés se lleva tan bien con mi madre.

Lisa – ¿Moisés?

Emma – Se llama Moisés. He llegado a pensar en matarlo.

Lisa – ¿Por qué? ¡Si acabas de reencontrarte con él!

Emma – ¡A David! ¡A mi marido!

Lisa – Ah. Ya.

Emma – Es absurdo, por supuesto.

Lisa – No necesariamente.

Emma – ¿De veras lo crees?

Lisa – Tu marido es de los previsores, ¿no? Seguro que tiene un seguro de vida. ¿Me equivoco?

Emma – No.

Lisa – Así que, si a David le pasara algo, tú serías viuda.

Emma – Bueno, claro.

Lisa – Y una viuda con dinero.

Emma – ¿Y por qué iba a pasarle nada a David? ¡Está como un roble! ¡Es profesor de gimnasia!

Lisa – Déjalo en manos de profesionales.

Emma – ¿Profesionales?

Lisa – Puedo ocuparme yo, si quieres.

Emma – ¿A qué te dedicas exactamente?

Lisa – Me encargo de contratos.

Emma – ¿Contratos? ¿De trabajo?

Lisa – No. Contratos sobre la vida de la gente.

Emma – ¿Seguros de vida?

Lisa – Más bien seguros de muerte.

Regresan Tomás y David.

Tomás – No te arrepentirás.

David – Eso espero.

Tomás – ¿Cómo os lleváis vosotras?

Lisa – Hablando de negocios. Como vosotros.

Tomás – ¿Ah, sí?

Lisa – Me parece que el negocio se anima, Tomi.

Emma – Bueno, tenemos que irnos de verdad. ¿David?

Lisa – ¿No os quedáis a cenar?

Tomás – Podrías haber puesto esos platos sucios en el fregadero. ¿Qué pensarán nuestros amigos?

Lisa – ¡Si los pongo en el fregadero, te meas encima! En serio, ¿no os quedáis?

David – No quisiéramos abusar.

Tomás – Otra vez será.

Lisa – Piénsate lo que te dije, Marta.

Emma – Desde luego. Aquí tienes mi tarjeta, por si quieres llamarme.

David (a Tomás) – Y aquí tienes la mía.

Tomás – ¿Lo ves? ¡Ellos sí tienen tarjetas de visita!

Lisa – Que tengáis buen viaje de vuelta.

David – Muchas gracias por todo. Vamos, Marta.

Emma – En realidad me llamo Emma.

David – La próxima vez tenéis que venir a nuestra casa.

Lisa – Pues llevaremos nosotros las municiones.

Emma (aparte, a David) – ¿No vas a preguntarle por la sierra de calar?

David – ¿Para tu madre?

Emma – ¡Para las estanterías del baño!

David – Quizá cuando nos conozcamos un poco mejor.

Se estrechan las manos.

Lisa – Buen viaje.

Tomás – ¡Eso, hasta otra!

Emma (aparte, a David) – ¿Ves? Tiene la mano muy floja.

David y Emma salen.

Lisa – Pues han venido, al final.

Tomás – Sí. Y nos hemos llevado bien, ¿no?

Lisa – No creo que esa amistad vaya a durar mucho.

Tomás – Con nuestro trabajo es difícil conservar amigos.

Lisa – Aun así, deberíamos invitar a gente más a menudo.

Tomás – Sí.

Pausa.

Lisa – Tenías razón con lo de las tarjetas de visita. Deberíamos hacérnoslas.

Tomás – ¡Brindo por eso!

Apuran sus bebidas.

Lisa – ¿Lo has oído esta vez?

Tomás – ¿El qué?

Lisa – ¡El metro!

Tomás – No.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente
desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Abril de 2024

ISBN 978-2-38602-182-4

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.